TANCREDO PINOCHET

# Por qué soy amigo de la Unión Soviética

BIBLIOTECA
SECCION
DE LECTURA
Y BIBLIOTECA
DE CHILE

$ 2

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

Conferencia dictada bajo los auspicios
Asociación de Amigos de la Unión Soviética

# Por qué soy amigo de la Unión Soviética

Promovida por el Presidente de la República, toma cuerpo actualmente entre nosotros la exaltación del sentimiento de chilenidad, la superación del patriotismo. A primera vista podría creerse que una asociación que se llama "Amigos de la Unión Soviética" podría estar, en cierta manera, en pugna con el más acendrado patriotismo, que debe hipotecar el total de nuestro cariño y de nuestra devoción en favor de nuestra propia patria.

Tenemos que ver, en consecuencia, primero qué es la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, y qué se propone. Esta Asociación, como lo dicen sus estatutos, tiene las siguientes finalidades: "estudiar, exponer y difundir en Chile la verdad sobre el desarrollo económico y social de la Unión Soviética, en todos los órdenes de la vida, industrial, cultural, etc., popularizando sobre bases documentales los avances y los problemas de la construcción del socialismo, y defendiendo sus realizaciones".

Como se ve, ser socio de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética no aminora en nada nuestro patriotismo, como el que admiremos a Benjamín Franklin no amengua nuestra admiración por Camilo Henríquez.

Hay, sin embargo, un sentimiento al cual se le quiere dar cuerpo en la campaña nacionalista, como la entienden algunos: el de la exaltación de

do lo chileno, con el correspondiente desprecio d todo lo extranjero. Esto nos lleva a estrecho chovinismo que, se confunde con pernicioso boferismo.

Queremos pensar chilenamente, conservar nuestro espíritu en la tradición chilena, consumir sólo productos de la industria y el suelo chilenos, leer sólo literatura chilena, admirar sólo las bellezas chilenas, viajar sólo dentro del territorio chileno.

Yo no creo que sea ésta la inteligente interpretación de la chilenidad. Yo concibo al gran patriota como al hombre o la mujer que quiere para su patria todo lo mejor que tiene el mundo.

¿Qué sería de nuestra patria, si rechazáramos todo lo que es extranjero, en ideas y en productos, simplemente porque no es chileno? No viajaríamos en ferrocarril, porque Stephenson no fué chileno; no viajaríamos en aeroplano porque los hermanos Wright no eran chilenos; no viajaríamos en vapor porque Fulton no fué chileno; no leeríamos ningún libro y ningún diario porque Gutenberg no fue chileno. No tendríamos motores, ni turbinas, ni poleas. No tendríamos teléfono, ni telégrafo, ni radio, ni cine. No aprenderíamos química, ni física. No sabríamos ni de Homero, ni de Shakespeare, ni de Goethe. Ni de Cristo.

¿Quién es más chileno, en quién vibran más tensas las cuerdas de la chilenidad, en el ona o alacalufe, casi desnudo, en nuestros fríos australes, que no sabe nada, que no ha aprendido nada, que no posee nada de la civilización grecoromana, de la civilización europea, de la civilización norteamericana, o el chileno que ha viajado por el mundo, que habla varios idiomas, que usa teodolitos extranjeros para mensurar nuestro suelo, sondas extranjeras para averiguar lo que hay en las entrañas de nuestra tierra, telescopios extranjeros para estudiar nuestro cielo, que ha escogido de cada parte del orbe y de cada período de la historia lo mejor que ha producido el mundo, en el tiempo y en el espacio, para incorporarlo a su vida espiri-

dual y material, vivida en nuestro ambiente, para ejemplo y enseñanza y provecho de todos nuestros compatriotas?

Desde que yo principié, muy temprano en mi vida, a sentir intenso amor patrio —recuerdo que, niño aún, lloré como si hubiera perdido algo propio, cuando se incendió nuestro Congreso Nacional, estando yo lejos— desde muy temprano en mi vida, digo, sentí el ansia de salir a viajar, a aprender en otras tierras. No sentí el ansia que siente la crisálida de salir de su capullo, para jamás volver a él, sino el ansia de salir para aprender, y volver, para ser un chileno más completo, más preparado, con más visión, con más capacidad para servir a mi país.

A la edad de apenas veinte años salí para Europa en la tercera clase de un vapor. A mi vuelta escribí un libro, que todavía se lee, en que señalo lo que podemos aprender —para Chile— de los países donde viví, especialmente de Inglaterra y de Alemania.

Más tarde creí que mucho podíamos aprender de los Estados Unidos. Y fuí allá y trabajé en ese país durante algunos años. A mi vuelta fuí aquí un decidido propagandista de tanto que podemos aprender de la civilización norteamericana.

Estaba yo en Chicago, en mi segundo viaje a los Estados Unidos, cuando estalló la revolución rusa de 1917. Recuerdo que en mi artículo del día que escribí para Chile, presagiaba que cuando ese artículo fuera publicado en nuestra patria, ya la revolución de Octubre estaría sofocada. Va corrido casi un cuarto de siglo y esa revolución no ha sido sofocada.

Atento observador siempre de lo que ocurre en otras partes del mundo, yo seguí estudiando lo que ocurría en Rusia. Ese país está construyendo un nuevo tipo de civilización, integralmente socialista. Otros países —Chile entre ellos— tratan de construir una civilización parcialmente socialista. Po-

ro la Unión Soviética es el único país que construye una civilización integralmente socialista.

A diferencia de lo que me ocurrió con Europa y los Estados Unidos, no he visitado la Unión Soviética. Pero he tratado de aprender tanto como he podido acerca de ese país, leyendo su prensa de Moscú, leyendo libros rusos y de observadores de otros países, leyendo lo que se escribe en contra de la Unión Soviética, y leyendo lo que se escribe a favor.

Fui tan lejos en mi interés acerca de lo que estaba ocurriendo allá que edité durante algún tiempo, en la Habana, una revista llamada "Rusia, el pro y el contra", con la mitad del material en favor de la Unión Soviética y la otra mitad en contra.

Cuanto más he estudiado el experimento social de la Unión Soviética, más me he convencido de que el mundo, y Chile en consecuencia, tiene mucho que aprender de lo que allí se está haciendo. He llegado también a la conclusión de que la Unión Soviética es el país más calumniado del orbe. A pesar de ser la Unión Soviética la sexta parte del mundo, las mentiras que se han dicho y se dicen acerca de ella son tantas que no caben en todo el país.

Esto me ha llevado, naturalmente, a situarme en el grupo de la gente honrada que defiende a un país calumniado que tanto nos puede enseñar.

Lafcadio Hearn puede escribir —y escribió— acerca del Japón, ensalzando a ese país, y nadie salió a quebrar lanzas para atacar al cantor del Japón. Se escribe en una república, como Chile, alabando a una monarquía, como Inglaterra, y nadie se siente irritado. Se escribe en una democracia ensalzando a la Alemania nacista y la Italia fascista —antes de la irritación de la guerra— y nadie protesta airado. Se ha ensalzado a los mormones de Salt Lake City, a los harenes turcos, sin que nadie se indigne. Maeterlink escribe su propaganda a favor de las hormigas y las abejas, y nadie se subleva. Pero que se escriba defendiendo a la Unión

Soviética, y medio mundo se le va encima al defensor de ese país y su civilización, como si ese escritor fuera un peligroso enemigo de la sociedad.

Tiene fácil explicación lo anterior. Cuando Maeterlinck ensalza a las abejas, nadie teme que, entusiasmados con la civilización de las abejas, queramos convertirnos en abejas. Pero cuando se ensalza a los comunistas rusos, hay el temor de que queramos transformar nuestra civilización capitalista en una civilización socialista. Es decir, se combate a la Unión Soviética por miedo de que pueda extenderse por el mundo el régimen socialista.

Al socialismo, como doctrina, no se le teme. No se le temió nunca. Los teóricos del socialismo escribían sin ser perseguidos. Tomás Moro publicó su Utopía sin que se le persiguiera como a los comunistas de hoy. Fué canciller de Enrique VIII, y si murió decapitado, no fué por sus ideas socialistas expuestas en su libro, sino por negarse a reconocer la autoridad espiritual del rey.

Roberto Owen, otro socialista de principios del siglo XIX, quiso llevar sus teorías a la práctica y trató de establecer colonias socialistas, las cuales no fueron perseguidas porque nadie creía que pudieran llegar a triunfar. Hay actualmente en Palestina colonias comunistas de inmigrantes judíos, algunas de las cuales tienen casi medio siglo de existencia, lo que demuestra —nos dice Strachey— que pueden existir colonias de esa clase, en el sentido de que dan de qué vivir a sus miembros y son toleradas por la clase capitalista que sigue dominando. Pero las colonias comunistas de Palestina demuestran también que, enclavadas de este modo en la sociedad capitalista, no tienen sino una influencia pequeñísima sobre la sociedad, lo que explica que se las haya tolerado".

El cargo grave que le hace el mundo capitalista a la Unión Soviética es, precisamente, que ha triunfado, y que está teniendo cada nuevo día más influencia en el mundo, especialmente en el proletariado mundial.

La Unión Soviética no es un peligro para el mundo en el sentido en que lo fué la Macedonia de Alejandro, ni el Imperio Romano de César, ni la Francia de Napoleón. No es un país conquistador, no va en busca de colonias, ni del sometimiento de otros pueblos. El mundo capitalista lo llamó cobarde porque capituló en Brest Litovsk, prefiriendo la paz a la guerra, para construir su civilización socialista, lo que no quita que se la haya llamado agresor e imperialista porque reclamó después, cuando se sintió fuerte en su civilización socialista, parte de lo que antes se le había quitado aprovechando su debilidad, que era fruto de su régimen zarista.

Pero la Unión Soviética aparece para algunos como un peligro para el mundo porque lleva ya casi un cuarto de siglo, sin haberse derrumbado. Es un peligro porque, dentro de un régimen socialista ha transformado un país de setenta por ciento de analfabetos, en un país sin analfabetos. Es un peligro porque allí la producción aumenta sin cesar, siendo que es el país que tiene la más corta jornada de trabajo. (1)

Es un peligro porque su presupuesto de actividades culturales es de más de cincuenta mil millones de rublos al año (fué de 42 mil millones en 1938). Es un peligro porque ese país tiene setenta mil bibliotecas públicas. Es un peligro porque los sindicatos soviéticos tienen seis mil palacios de cultura. Es un peligro porque en sus teatros y clubs de cultura se pueden sentar seis millones de personas simultáneamente. Es un peligro porque los obreros en sus clubs de cultura representan dramas de Shakespeare, de Schiller, y de la antigüedad griega. Es un peligro porque las ciudades se están transformando con un ritmo de progreso desconocido en otra parte alguna del mundo. En Moscú, ha construído el Gobierno Soviético el ferrocarril

(1) Aumentada en un 15 por ciento últimamente porque así lo ha exigido el peligro que significa para ese país la actual guerra mundial.

subterráneo más eficiente y más hermoso del orbe. En 1913 la provisión de agua para Moscú era de 23 millones de galones al día, trece y medio galones por persona (el galón: unos cuatro litros y medio). En 1939 la provisión de agua era de 270 millones de galones de agua purificada, o sea más de cincuenta galones por persona. Moscú consume ahora veinte veces más electricidad que en tiempos de los zares, más de lo que consumía toda Rusia en 1913. Muscú tiene en la actualidad 27 veces más calles asfaltadas que en 1913. Moscú tiene ahora mil autobuses y 445 trolleybuses.

Es un peligro la civilización soviética porque, dentro de un régimen socialista, no sólo avanzan ciudades como Moscú, sino todas las ciudades y aldeas del país, y se crean nuevas ciudades que han crecido con más rapidez que Chicago, la ciudad calllampa del mundo. Es un peligro la Unión Soviética porque allí los obreros ganan cada nuevo año más, sin necesidad de recurrir a huelgas. Es un peligro porque el standard de vida que allí existe para la gran masa, con ser inferior todavía a la de los obreros calificados de otros países industriales como los Estados Unidos, es infinitamente superior al standard de los tiempos de los zares. Es un peligro porque allí se está rehaciendo la geografía, desviando ríos, abriendo canales más importantes que el de Suez y el de Panamá; es un peligro porque allí la ciencia avanza a pasos agigantados. Es un peligro porque allí el arte cobra un impulso desconocido en otra parte alguna del mundo.

Es un peligro porque allí se hacen exploraciones árticas que están convirtiendo al Polo Norte en un patio de recreo y de estudio de la Unión Soviética. Es un peligro porque allí la medicina está ya en vísperas de devolver la vida a los muertos.

Y todo lo anterior no lo digo como figura de retórica, sino que quiero decir lo que digo. Es un peligro la Unión Soviética para el mundo capitalista, si el mundo capitalista no quiere aprender que ha llegado una nueva era para la humanidad, la era

del socialismo, la era en que importa más la abundancia para todos que la sociedad para pocos, en todos los goces que ofrece la civilización.

Y porque se le considera un peligro, como no se le puede combatir con la verdad, se le calumnia. Es frecuente que se escriban artículos y libros contra la Unión Soviética, basándose los autores, como lo dicen ufanamente, en los propios datos y estadísticas suministrados por fuentes soviéticas. Acerca de casi todos los países se pueden escribir libros de la misma índole, basándose el escritor en datos oficiales y fuentes del mismo país cuya situación de inferioridad se quiere mostrar. En los Estados Unidos, basándonos en libros del pasado como "The Jungle", de Upton Sinclair, y en otros más recientes como "Viñas de Ira" de John Steinbeck, basándonos en los artículos de revistas de las más conservadoras, tales como McCalls, cuyos últimos números vienen mostrando las condiciones oprobiosas en que vive gran parte de la población norteamericana, podemos llegar a la conclusión de que la vida en los Estados Unidos es de bochornosa miseria para gran parte de su población. Si tomamos el libro "La Realidad Médicosocial Chilena", de nuestro Ministro de Salubridad, Dr. Salvador Allende, encontramos aseveraciones como la siguiente:

"Por cada veinte partos nace un niño muerto en Chile (Apuntemos como comparación que en la Unión Soviética nacen tres muertos por cada diez mil partos. Es decir, aquí nacen cinco muertos por cada cien partos, allá tres muertos por cada diez mil partos). El diputado conservador, señor Manuel José Irarrázaval, en un discurso pronunciado en la Cámara nos dice que el salario por hombre al día en los campos chilenos es de $ 5.95, cantidad que debe ser compartida por 2.47 personas, lo que da un peso setenta centavos diarios por unidad vital de consumo, lo que vale un kilo de pan. El diputado Sergio Fernández Larraín, conservador también, nos dice que la Liga de las Naciones ha establecido que todo niño, hasta los quince años, debe

consumir un litro de leche al día, y el adulto medio litro. Nuestro país, agrega, de acuerdo con estas normas necesitaría 3,267,950 litros diarios de producción, o sea un total de 1,192,891,750 litros anuales. Pero como el país produce sólo 227,752,000, queda un déficit de 965,027,750 litros anuales.

¡Qué libro más dantesco no podría escribirse acerca de la miseria en Chile, basado en nuestros propios documentos, para condenar nuestro sistema democrático!

En la Unión Soviética se escribe muy libremente acerca de las deficiencias del régimen, para corregirlas. En 1922, en el XI Congreso del Partido Comunista, Lenin dijo: "Todos los partidos revolucionarios que han perecido hasta ahora perecieron por el hecho de que los humos se les fueron a la cabeza, y no fueron capaces de ver dónde estaba su fuerza; tuvieron miedo de hablar de sus propias debilidades. Pero nosotros no pereceremos porque no tenemos miedo de hablar de nuestras debilidades, y aprenderemos a subsanar esas debilidades". (Leninismo, Vol. II, pág. 233).

La Unión Soviética es el país donde hay una más intensa autocrítica, y es muy fácil tomar de las publicaciones soviéticas, de su prensa, de sus libros, datos aislados, para escribir contra ese país.

Pero los calumniadores de la Unión Soviética al lado de citas de fuente soviética, ponen de su cosecha cuanto pueden imaginar. Tengo a la vista un artículo reciente de la revista "Life", de los Estados Unidos. Se titula el artículo "Cómo se viaja en la Unión Soviética", y es de Joachim Joesten, periodista danés. Dice en parte: "El país entero exala un olor fétido e inconfundible, que puede ser, según las circunstancias, intenso o sutil: un mero efluvio o un miasma tan espeso que es capaz de provocar un desmayo en el hombre más vigoroso, pero que nunca desaparece y que no es posible olvidar. Creo que si me llevaran a Rusia con los ojos vendados, podría decir exactamente dónde empieza y donde termina el país".

¿Puede imaginarse una aseveración más estupenda? Ahí tenemos la sexta parte del mundo, con praderas, montañas, cumbres nevadas, y todo eso está tan hediondo que el señor dandés con los ojos vendados sabría, por el olor, que estaba en la Unión Soviética.

Para desmentir a este observador interesado en desacreditar a la Unión Soviética podríamos citar muchas estadísticas decidoras. La venta de jabón en ese país ha aumentado doce veces desde 1913. En los distritos rurales se vendió ocho veces más jabón en 1936 que en 1928. En todas las ciudades el consumo de agua aumenta sin cesar. En Moscú el consumo es —como lo vimos— de 600 litros diarios por persona contra sólo 484 litros en Nueva York.

Sin embargo, este mismo autor que escribe para denigrar a la Unión Soviética, se encuentra obligado a hacer ciertas admisiones que no pudo negar. Dice: "Se han realizadó algunos progresos en los últimos ocho años —el tiempo transcurrido entre sus dos visitas—. La gente parece mejor alimentada y mejor vestida, especialmente en cuanto se refiere a los abrigos y el calzado; los alojamientos han mejorado también". "El tránsito ha adelantado mucho. El famoso ferrocarril subterráneo es realmente notable, y la belleza de su diseño y de su construcción supera a todo cuanto se ha hecho en otras partes del mundo". "Me sorprendió la abundancia y excelencia de los automóviles de alquiler o particulares, que eran extraordinariamente escasos y pobres hace ocho años."

Lo anterior entresacado de un artículo que es un ataque enconado contra el país del socialismo.

Tomemos el caso de dos libros recientes acerca de la Unión Soviética, que han hecho furor en Inglaterra y los Estados Unidos, uno de los cuales ha sido presentado en sinópsis española en el Readers Digest. Este se llama "Out of the night", "Fuera de la noche", y debe ser conocido por muchos de mis oyentes.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

El libro aparece escrito por Valtin, pseudónimo, según se ha podido averiguar, de Ricardo Krebs, ex agente de la Gestapo. A este libro, que es un ataque calumnioso contra la Unión Soviética, se le ha hecho gran réclame en los Estados Unidos, donde fué escogido como el libro del mes por el Club que lleva ese nombre. Se le ha anunciado profusamente por medio de diarios, revistas y radio. Las revistas "Life", "Reader's Digest", "Red Book", "Harpers", "Atlantic Monthly", "New Republic", "Nation", "New York Times Book Review" "New York Herald Tribune Books", "Saturday Review of Literature", "Christian Science Monitor", etc. le han dedicado encomiásticos artículos.

Simultáneamente con este libro de ataques y calumnias contra la Unión Soviética, se publicó otro, "The Soviet Power" por el Diácono de Canterbury, el Reverendo Hewlett Johnson, clérigo de fama internacional, que visitó la Unión Soviética, estudiando la vida en ese país durante varios años. Aunque el libro era sensacional porque aparecía en él un alto representante de la Iglesia diciendo acerca de la Unión Soviética una verdad muy diferente de la que se había estado publicando en la prensa capitalista acerca de ese país, no hubo interés de parte de los editores norteamericanos por el libro del Diácono de Canterbury, alegando que allí no interesaban los libros a favor de la Unión Soviética.

Se logró, sin embargo, publicar una edición de ese libro en los Estados Unidos. La prensa norteamericana trató de silenciarlo. Las pocas publicaciones que se ocuparon de él lo hicieron para atacarlo, lo que no ha impedido que del libro del Diácono de Canterbury se hayan vendido ya más de trescientos mil ejemplares, mucho más que del libro de Valtin. (Soviet Russia To-day, March, 1940). Yo tengo uno de los dos ejemplares que han llegado a Chile, y más adelante haré unas citas de él.

El caso anterior deberíamos compararlo a lo que ocurriría aquí. Si con un pseudónimo, como el de Valtin, aparece entre nosotros un libro que sea

un cúmulo de calumnias contra la Unión Soviética, encontraría a toda la prensa de derecha aplaudiéndolo, y si el Arzobispo de Santiago, después de permanecer varios años en la Unión Soviética, viene aquí y publica un libro en defensa de ese país, ¿podemos imaginar a la prensa derechista chilena aplaudiendo ese libro del Arzobispo?

Dije que porque el mundo capitalista considera un peligro a la Unión Soviética, ya que no puede atacarlo con la verdad, lo ataca con calumnias. Pero la Unión Soviética, y su ensayo magistral en sociología, no es peligro sino ayuda para el mundo, aún para el mundo capitalista, que en todas partes entra de lleno —porque no puede evitarlo— en una época socializante.

En Chile mismo lo vemos. Nuestro sistema ferroviario es de tendencia socialista. Nuestro régimen de crédito prendario es de tendencia socialista. Nuestra Caja de la Habitación Popular, es de tendencia socialista. El actual Gobierno chileno, en su Caja de Colonización Agrícola, está haciendo un ensayo con propósitos socialistas de colonia colectiva del mismo tipo de las colonias colectivas de la Unión Soviética. La Colonia Colectiva "Siberia" —hasta tiene un nombre ruso— no es una colonia parcelada, de propiedad individual; no es una colonia de medieros, sino que es una colonia cuya tierra le pertenece al Estado, pero que está explotada no con fines de lucro individual, sino con fines de consumo, para provecho de los que trabajan la tierra como obreros, sin patrón que se aproveche de su trabajo, como en las haciendas de la explotación capitalista.

Se ve, pues, que no objetamos aquí la tendencia hacia la socialización parcial. Objetamos la socialización total de la Unión Soviética. Pero si estamos haciendo experimentos en socialización parcial, ¿no nos conviene aprender en el país donde se ha implantado la socialización total? Si aquí alguien quiere aprender inglés, ¿no le convendría ir a un país donde todos hablan inglés?

De Inglaterra, de los Estados Unidos, de casi todas las naciones, van hombres de ciencia y hombres de Estado a ver lo que se está haciendo en la Unión Soviética y vuelven a sus respectivos países con muchas lecciones aprendidas. Los diversos países, aún los de ideologías más antagónicas, tienen establecidas relaciones comerciales con la Unión Soviética. ¿Por qué no nosotros? ¿No tenemos nada que vender allá? ¿No tenemos nada que comprar allá?

Tenemos miedo de acercarnos a ese país, como si existiera allá la lepra, cuyo contagio pudiéramos traer aquí. Es cierto que allá hubo una gran revolución social. También la hubo en Francia. Cayó en Rusia la cabeza de Nicolás II. Pero también cayó en Francia la cabeza de Luis XVI. Después de eso hemos ido a Francia, no a aprender cómo se guillotina a los reyes, sino a aprender a hacer pacíficamente la democracia que los franceses hicieron sangrientamente. ¿Por qué no podemos ir a la Unión Soviética a aprender a hacer socialismo pacíficamente, a pesar de que allá tuvieron que hacerlo cruentamente?

Y lo grave que hay en todo esto es que si no aprendemos a construir el socialismo pacíficamente, las circunstancias nos obligarán a construirlo sangrientamente. La marcha hacia el socialismo no puede evitarse. Pero puede controlarse. Cerrando los ojos ante lo que ocurre en la Unión Soviética no evitamos el socialismo sino que nos enfrentamos con la misma revolución sangrienta que allá tuvo que ocurrir.

No hay que ir a la Unión Soviética a comparar la situación general de ese país con la situación especial de los grupos más favorecidos en los países capitalistas. No se puede ir a comparar las condiciones de vida del obrero allá con las condiciones de vida en el Club de la Unión aquí. Si todavía hay escasez de habitaciones allá, si se nos dice que cinco personas duermen en un cuarto en Moscú o Leningrado, veamos qué ocurre en nuestro país. Y

hiremos a los que duermen, en invierno sin, bajo los puentes del Mapocho, en los umbrales de las puertas, en los bancos de los parques. Y si se nos dice que hay escasez de alimento allá, observemos, para comparar, a los que se alimentan de los tarros de basura de Santiago, que han pasado a ser verdaderos restorantes populares.

Para estudiar inteligentemente la situación social de la Unión Soviética hay que compararla con lo que era antes del régimen actual, en los tiempos zaristas. En la Rusia zarista 28,000 terratenientes eran dueños de 167 millones de acres, y los diez millones de campesinos poseían 197 millones, los más fértiles de los cuales eran propiedad de los kulaks. Los terratenientes y los kulaks (13% de la población) controlaban el 71.6% de todo el trigo que se producía. (The Kolhoz, F. Klimenke).

En cuanto a la vida de los obreros campesinos, el Ministro de lo Interior, en la Rusia de los Zares, decía en uno de sus informes, en 1908:

"Morirse de hambre es la suerte probable que todos los años amenaza a un importante número de cultivadores de Rusia". "Un año de hambre traía a otros consigo. Mientras el hambre duraba, los campesinos vendían cuanto poseían, para poder solamente pasar el abominable invierno, y llegar hasta la primavera. Pero cuando la primavera llegaba ya no había nada con qué labrar el campo. Los comerciantes iban por los pueblos de los campos, y aprovechándose del hambre, compraban a bajo precio todo lo que había. Las mujeres vendían su pelo. Por la mejor trenza daban dos rublos.

"No era poca suerte encontrar quién consintiese en hacer un préstamo, cuyas condiciones eran: por un pud (16 kilos y 380 gramos) de trigo, tres o cuatro puds de la futura cosecha. Eso quería decir que una familia de campesinos que había conseguido ir tirando hasta la primavera, tenía que entregar casi toda la nueva cosecha para pagar sus deudas. Se habían comido el trigo por anticipado. No había ni que pensar en comer para matar el

hombre. Para hacer que el pan durase más, mezclaban la harina con arroche (una yerba comestible), con ceniza y con tierra. Si los pueblos, no los gatos comían eso. Si los hombres lo comían en ayuna, los hacía vomitar. En los albergues de los pueblos destinados para doscientas personas comían mil. Cada asilo era no sólo un albergue de hambre, sino una barraca de infecciones y un depósito de cadáveres". (Las Montañas y los Hombres, de M. Ilín).

"La situación de los obreros de la industria de la Rusia zarista era extraordinariamente penosa. En la década del 80, la jornada de trabajo, en las fábricas y empresas industriales, no era nunca inferior a doce horas y media, generalmente más, y en la industria textil llegaba hasta catorce y quince horas. Los niños trabajaban el mismo horario que los adultos, pero cobrando, igual que las mujeres, salarios muy inferiores. Había muchos obreros que no ganaban más que siete u ocho rublos al mes. Los obreros mejor pagados de las fábricas metalúrgicas y de fundición no cobraban más de treinta y cinco rublos mensuales. No se conocía el seguro obrero, y la asistencia médica sólo la obtenía el que la pagaba. Los obreros vivían en condiciones horribles, hacinados en tugurios, a razón de diez o doce hombres en cada habitación. Muy a menudo los patrones engañaban a los obreros al hacerles la cuenta de los jornales; les obligaban a comprar en las tiendas patronales de la fábrica artículos tres veces más caros de lo que valían, y los saqueaban por medio de multas". (Historia del Partido Comunista).

Es comparando el pasado de Rusia con el presente, como se puede ver si ha sido un fracaso o un triunfo social la nueva organización que se ha dado ese país. Hay algo claro, contundente, que nadie niega, ni los más encarnizados enemigos de la Unión Soviética: que su desarrollo económico es portentoso, que cada nuevo año su producción es mayor. Mayor producción en la industria pesada,

nuevas industrias instaladas constantemente; mayor producción de los artículos de consumo. Si se produce más, ¿no es lógico inferir que se consume más? Si se consume más en un país sin más privilegios que los del trabajo más eficiente, ¿no es natural inferir que se vive mejor, que toda la masa de la población vive en medio de mayor abundancia, sea lo que sea lo que digan viajeros interesados en observar los detalles que puedan citarse para contradecir esta lógica conclusión?

El gran progreso de la Unión Soviética no sólo se destaca comparando el pasado zarista con la actualidad soviética, sino también la Unión Soviética de cada año con la situación del año anterior, y con la marcha del progreso de los demás países.

Mientras en 1940 la producción norteamericana aumentó en un 11%, en relación con 1929, la Unión Soviética, en este mismo tiempo, ha aumentado la producción de toda la industria más de cinco veces. O sea, los Estados Unidos pasaron de 100 a 111, y la Unión Soviética pasó de 100 a 534.

La producción industrial en la Unión Soviética pasa de 95,500,000,000 de rublos en 1937 a 137,500,000,000 en 1940, o sea un aumento de 44% en los tres primeros años del tercer plan quinquenal. El plan de producción que se está desarrollando este año sube a 162 mil millones de rublos.

La producción de los medios de producción ha ascendido en el año 1940 en un 13.8% con relación al año anterior, y en un 52% con relación al año 1937, primero del tercer plan quinquenal. La producción de artículos de consumo ha tenido un alza, en 1940, del 7% con relación al año 1939, y del 33% con relación al año 1937.

La producción industrial, tomada como 100 en 1913 ha subido en todo el mundo capitalista a 149.4 y en la Unión Soviética ha subido a 840.8.

En los tres años que van corridos del tercer plan quinquenal, el capital invertido en nuevas explotaciones ha llegado a 108 mil millones de rublos, habiendo sido esta inversión de 38 mil millones de

rubios sólo el año pasado. Durante el año 1941 el aumento es como sigue: producción de medios de producción, 25.5%; producción de artículos de consumo, 9%.

Quiero llamar especialmente la atención a las cifras anteriores. Se ve por ellas que aumenta en proporción mucho mayor la producción de medios de producción que la producción de artículos de consumo. Es decir, se va más rápidamente en la producción de máquinas para hacer calzado, por ejemplo, que en la producción de calzado, lo que quiere decir que el país se está preparando para producir calzado en el futuro en mucho mayor proporción, lo que explica que el standard de vida del obrero no progrese tan rápidamente como podría si no se tuviera los ojos puestos en el futuro.

En la agricultura encontramos que el área cultivada aumenta sin cesar. En 1941 el área sembrada alcanza a 157,000,000 de hectáreas, lo que significa un aumento de casi cuatro por ciento sobre 1940. Pero, además, el incremento de la producción por hectárea es considerable. Así, el área sembrada con granos no aumentó casi del año 1939 al 40, y, sin embargo, el rendimiento aumentó en 7.3 por ciento. El rendimiento de remolacha azucarera aumentó en 18.6%. La producción de papas aumentó en 35.6%; estos últimos con aumento de la superficie cultivada.

Y las perspectivas para el futuro se pueden ver en datos como éstos: el número de tractores, que era de 483,000 en 1939, subió a 523,000 en 1940; el número de segadoras-trilladoras subió de un año para otro de 153,000 a 182,000. El ganado vacuno aumentó de 1939 a 1940 en 12%; los cerdos en 15%; corderos y ovejas, 25%; cabros, 34%.

Italia (año 1940) posee 18,000 tractores; Alemania, 30,000; la Unión Soviética, 558,600, todos construídos en el país. La fábrica de automóviles de Molotov, en Gorki, la más grande del mundo, produce más camiones que todas las fábricas juntas de Inglaterra. La Unión Soviética posee más

camiones que Japón, Italia y la extinta Polonia en total. (The Soviet Power, por el Rev. Hewlett Johnson).

Naturalmente, todo este aumento de la producción se refleja también en el aumento del comercio al detalle, que subió de 125,000,000,000 en 1937 a 174,500,000,000 en 1940, y que se estima ya en 197 mil millones para el presente año, lo que supone un aumento de 22,500 millones con relación al año pasado.

Lógicamente esto va aparejado con un aumento relativo en el transporte. El transporte ferroviario ha aumentado de 392,000,000,000 de toneladas-kilómetros, en el año 1939, a 409 mil millones el año 1940. El transporte fluvial subió de 34,600 millones el año 1939, a 36,000 millones en 1940. Aquí también se ve que las perspectivas para el futuro son superiores. La producción de vagones en comparación con el año pasado, tiene un aumento de 12%.

Lo anterior explica que los salarios de obreros y empleados de todo orden hayan podido subir tan rápidamente en la Unión Soviética.

El salario promedio anual de los obreros de la Unión Soviética, que era en 1928 de 703 rublos, llega en 1936 a 2,776. Pero en ciertos trabajos difíciles, como en las fundiciones de acero, llega hasta más de mil rublos mensuales. Agréguese a esto los servicios sociales que reciben los obreros, que representan un sobresueldo de un 36%. (Guía sobre los sindicatos soviéticos, de A. Losovski, Moscú).

El fondo de los salarios de los obreros y empleados en toda la economía nacional aumentó en este año, 1941, en 14 mil millones de rublos con relación al año precedente, ascendiendo a un total de más de 175 mil millones de rublos.

Si tomamos como 100 el índice de los salarios de 1929, en la Unión Soviética subieron a 196.4 en 1933, a 346.8 en 1936 y a 371.4 en 1937, mientras en los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia e Italia, permanecieron estables o bajaron.

Estos salarios no aumentan porque se emita más

papel moneda, y se pueda pagar más en papel desvalorizado. Es la resultante del aumento de la producción. "En el plan del año 1941 se fija la elevación del rendimiento en un 12%, con una elevación del salario medio del obrero en un 6.5%. La circulación de mercancías al detalle, es decir el consumo, asciende, como vimos, a casi 197 millones de rublos en 1941, lo que supone un aumento de 22,500 millones de rublos con relación al año anterior". (Balance Económico de 1940, N. Vosnesenski).

Podría objetarse, y así lo hacen muchos, que los precios de las mercancías van en aumento, como nos ocurre en Chile, pero es precisamente lo contrario lo que ocurre allá, de manera que estos aumentos de salarios a que me refiero son aún mayores. En 1937 hubo una rebaja general de 10 a 15% en las mercancías textiles, de lino y de cuero y sastrería. Del año 1932 al 1936 el consumo por persona en la Unión Soviética, subió en los siguientes artículos en la proporción que se indica: En granos, 28%; en papas, 7%; en carne y grasas, 88 por ciento; en leche, 92%; en mantequilla, 66%; en huevos, 91%; en azúcar, 42%; en vestidos, 89%. No se registra en otro país del mundo tal aumento en el consumo medio individual de sus habitantes". (Guía de los Sindicatos Soviéticos).

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

El comercio al detalle nos muestra estos incrementos del año 1933 al 1937: mantequilla, 260%; huevos, 510%; salchichas, 730%. La Unión Soviética estaba produciendo 160,000 botellas de champagne; pero ahora produce ya más de tres millones. La producción de zapatos en la Rusia de los zares era de 20 millones de pares. El año pasado fué de 170 millones; el próximo año será de 235 millones. (The Soviet Power, por el Rev. Hewlett Johnson).

En cuanto a precios, el Diácono de Canterbury, a cuyo libro me he referido, dice que el precio del pan, del año 1934 al 1937, bajó más de la mitad; la mantequilla, lo mismo; los huevos bajaron dos tercios de su precio; la carne, 63.3%; el azúcar,

73%. En ese período (antes de la guerra) los precios subieron en Alemania en esta forma: papas, de 6 a 9 pfennigs el kilo; mantequilla, de 276 a 312; la carne de vaca de 138 a 160.

Y este aumento en los salarios, este aumento en los consumos, este mejoramiento en el standard de vida, ¿se debe a que se está exigiendo muchas más horas de trabajo en la Unión Soviética a sus obreros? Lo contrario es lo que ocurre:

En 1913, el año anterior a la iniciación de la primera guerra europea, la jornada de trabajo era de 10 horas para los hombres, y de 9 2|3 para las mujeres y niños. Sólo el 8 1|2% de todos los obreros tenían la jornada de 8 horas. Más del 15% trabajaban 11 y 12 horas diarias. Desde los primeros días de la revolución socialista se estableció la jornada universal de 8 horas. En el décimo aniversario de la revolución, en 1927, se redujo la jornada a 7 horas, sin reducir los salarios, naturalmente. En los trabajos difíciles y peligrosos la jornada baja hasta tres horas. Los obreros de 16 a 18 años tienen una jornada de 6 horas. Rige ahora la semana de seis días en la Unión Soviética, de manera que los obreros trabajan sólo cinco días en la semana, el sexto para el descanso. El número anual de días de descanso es de 72, más seis días de fiestas revolucionarias. Total 78 días de descanso en el año. Agréguese a esto que se dan vacaciones no inferiores a dos semanas a los obreros; y a los maestros, médicos y trabajadores científicos se dan vacaciones de mes medio o dos meses. (2).

Lo anterior ha traído una considerable reducción de todas las enfermedades. La sífilis ha sido reducida en un 85% desde el año 1913. La tuberculosis ha disminuido en un porcentaje que va desde el 14% en algunas industrias hasta el 77% en

---

(2) Como vimos antes, con motivo de las imposiciones de la guerra, se ha subido transitoriamente la jornada en un 15%. Jornada básica hoy día: ocho horas.

otras. Y así ocurre con todas las enfermedades. La mortalidad natal era en 1935 de 1.5 por cada diez mil, es decir 3.3 veces menos que en Alemania, 4 veces menos que en Inglaterra y Francia y 5.3 veces menos que en Italia. Mejor que no comparemos con Chile, donde, como ya vimos nacen cinco muertos por cada cien partos, o sea, cincuenta por cada mil, y 500 por cada diez mil, contra 1.5 por cada diez mil en la Unión Soviética. La mortalidad infantil fué en la Unión Soviética ese año de 7.7 por cada diez mil, o sea 2.6 veces menos que en Alemania. (Guía sobre los Sindicatos Soviéticos). Mejor es que no comparemos con Chile.

Todo lo anterior va aparejado con un incremento sin precedentes, en ningún otro país, en lo que se refiere al incremento de la educación y la cultura. El año 1938 se gastaron 35,200,000,000 de rublos en actividades sociales y culturales; en 1940 se gastaron 41,700,000,000 de rublos, o sea, hubo un incremento de 18.5%. El presupuesto del presente año para estas mismas actividades es de 47,800,000,000 de rublos, o sea otro aumento de 14.6 sobre el año pasado.

En 1941 el número de alumnos en las escuelas primarias y secundarias es de 36,200,000, lo que significa un aumento de 3.4% sobre el año pasado. El número de estudiantes universitarios es de 657 mil, lo que representa un aumento de 13% sobre el año pasado.

En 1941 más de cincuenta millones de alumnos, incluyendo adultos, asisten a escuelas y colegios en la Unión Soviética. Ese país ha agregado 617 establecimientos de educación universitaria a los 91 que dejó el régimen zarista. El número de alumnos universitarios, por mil de población, ha llegado a ser el doble de los que son en Inglaterra, y tres veces los que son en Alemania.

Nicolás I, estimando que la educación de las masas era un peligro para la autocracia, prohibió que los siervos, los obreros y los campesinos tuvieran acceso a la enseñanza secundaria. En 1904, el

13% de la población de Rusia asistía a las escuelas, lo que se compara con el 19% que asistían en los Estados Unidos. Cuando Inglaterra gastaba —en 1877— doce chelines ocho peniques y medio por persona para educación, al año, Rusia gastaba sólo un chelín cinco octavos de penique. En 1914, al iniciarse la primera gran guerra europea, el 73% de la población de Rusia no sabía leer o escribir. Hoy día el analfabetismo está casi totalmente extirpado en la Unión Soviética.

La Rusia zarista, en su año cumbre, 1912, publicó 136,600,000 ejemplares de libros. En 1938 la Unión Soviética publicó 700 millones. Desde 1917 a 1937 se han vendido 32 millones de libros de Máximo Gorki; de Pushkin, 18 millones; de Tolstoy, 14 millones; de Chekhov, 11 millones; de Turgenev, 8 millones; de Gogol, 6 millones. Las obras clásicas de Marx y Lenin han llegado a 350 millones en los últimos 20 años. Pero los autores extranjeros tienen también gran circulación: Upton Sinclair, Maupassant, Victor Hugo, Anatole France, Balzac, Dickens, Darwin, etc. Del profesor Einstein se han vendido 55,000 ejemplares, a pesar de lo difícil que es comprenderlo. La producción de libros en la Unión Soviética es mayor que las de Inglaterra, Alemania y Japón todos juntos.

En la Rusia zarista, en 1913, había 859 diarios, con una circulación que no alcanzaba a tres millones de ejemplares. La Unión Soviética en 1937 tenía 8,521 diarios con una circulación de 36 millones de ejemplares.

Este gigantesco aumento de la educación y la cultura se ha manifestado ya en un avance considerable de la ciencia aplicada para beneficio de todos. En el campo industrial el progreso es estupendo. El carbón se gasifica en las entrañas de la tierra, en los grandes yacimientos, sin que sea necesario sacarlo a la superficie. El arroz se siembra con aeroplanos.

No teniendo clima tropical la Unión Soviética, produce ya su propio caucho, cultivando plantas

silvestres, de las que no se conocían posibles producir goma. En 1937 Nicolai Tulaín, presidente ahora de la Academia de Ciencias Agrícolas, logró producir una planta de trigo perenne, que hará innecesaria la siembra anual del trigo. Ivan Vladimirovitch Michurin, el gran horticultor de la Unión Soviética, ha revolucionado la producción de fruta, logrando obtener ejemplares gigantescos. Ha logrado producir duraznos en regiones donde la temperatura desciende a 40 grados bajo cero. Cruzó plantas de frambuesas con plantas de frutillas y hace que estas frutillas se den en arbustos. Las sesenta expediciones que ha enviado la Unión Soviética a todas partes del mundo han llevado allá 300,000 variedades diferentes de plantas.

Fueron los hombres de ciencia soviéticos los primeros que encontraron la manera de conservar la sangre para futuras transfusiones. El diácono de Canterbury relata cómo un muchacho, aplastado por un árbol, estaba perdiendo toda su sangre. Sus compañeros lo llevaron a la aldea cercana. Se pidió por radio sangre para salvarlo. Un aeroplano llegó en breves momentos; un paracaidista descendió y la transfusión fué hecha, y el muchacho salvado. No se trataba de salvar la vida de un Rockefeller ni de un Agustín Edwards, sino la de un simple obrero campesino. ¿Podemos hacer eso aquí para salvar a una víctima de las minas de carbón?

Aun con riesgo de fatigar al auditorio, he creído indispensable citar datos, hechos, números, toda clase de estadísticas, para mostrar la realidad de la Unión Soviética. Estas estadísticas son oficiales de ese país, y muchas veces muestran deficiencias sobre lo que allí se proyectaba. Por esa parte, están, en general, confirmadas por observadores extranjeros, aun por muchos que miran con antipatía el progreso de la Unión Soviética.

El experto norteamericano, en estadísticas, Mr. Friedman, dice que, en general, las estadísticas de la Unión Soviética son correctas.

silvestres, de las que no se sospechaba pudieran producir goma. En 1937 Nicolai Tsitsin, presidente ahora de la Academia de Ciencias Agrícolas, logró producir una planta de trigo perenne, que hará innecesaria la siembra anual del trigo. Ivan Vladimirovitch Michurin, el gran horticultor de la Unión Soviética, ha revolucionado la producción de fruta, logrando obtener ejemplares gigantescos. Ha logrado producir duraznos en regiones donde la temperatura desciende a 40 grados bajo cero. Cruzó plantas de frambuesas con plantas de frutillas y hace que estas frutillas se den en arbustos. Las sesenta expediciones que ha enviado la Unión Soviética a todas partes del mundo han llevado allá 300,000 variedades diferentes de plantas.

Fueron los hombres de ciencia soviéticos los primeros que encontraron la manera de conservar la sangre para futuras transfusiones. El diácono de Canterbury relata cómo un muchacho, aplastado por un árbol, estaba perdiendo toda su sangre. Sus compañeros lo llevaron a la aldea cercana. Se pidió por radio sangre para salvarlo. Un aeroplano llegó en breves momentos; un paracaidista descendió y la transfusión fué hecha, y el muchacho salvado. No se trataba de salvar la vida de un Rockefeller ni de un Agustín Edwards, sino la de un simple obrero campesino. ¿Podemos hacer eso aquí para salvar a una víctima de las minas de Schwager?

Aun con riesgo de fatigar al auditorio, he creído indispensable citar datos, hechos, números, toda clase de estadísticas, para mostrar la realidad de la Unión Soviética. Estas estadísticas son oficiales de ese país, y muchas veces muestran deficiencias sobre lo que allí se proyectaba. Por otra parte, están, en general, confirmadas por observadores extranjeros, aun por muchos que miran con antipatía el progreso de la Unión Soviética.

El experto norteamericano, en estadísticas, Mr. Friedman, dice que, en general, las estadísticas de la Unión Soviética son correctas.

Antes de terminar debo referirme a un cargo muy generalizado que las así llamadas democracias hacen a la Unión Soviética. Nos dicen que allá ha fenecido la libertad humana. Es cierto que allá ha muerto la libertad para que unos hombres exploten económicamente a otros hombres, así como tanto allá como aquí no existe la libertad para que un hombre mate a otros hombres. Se dice, sin embargo, que allá no hay libertad de prensa. Yo soy acaso el más ardiente defensor de la libertad de prensa, y si esta acusación fuera justificada, sería el primero en protestar. Pero yo creo que en la Unión Soviética hay mucho más libertad de prensa que en los países así llamados democráticos. Allá no hay prensa capitalista, sino prensa del pueblo, dirigida y controlada por el mismo pueblo, como la prensa proletaria de Chile, a la cual se le pone mordazas económicas. Si un editor, en cualquier sindicato, en cualquier pueblo, en cualquiera ciudad, no interpreta los anhelos del pueblo que lo ha llevado a ese puesto, deja de ser editor y es reemplazado por otro que interprete el sentir del pueblo. Esto es imposible en un país capitalista donde la prensa sólo interpreta los anhelos de unos pocos, y está siempre contra los intereses de las masas. Si democracia es, como lo dijo Lincoln, el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, la Unión Soviética es la primera democracia del mundo.

La libertad política —las elecciones de funcionarios—, que fué restringida, al principio, a los miembros del Partido Comunista, mientras el pueblo, en general, adquiría cierta educación política —lo mismo ocurrió en Inglaterra por otra parte—, es hoy día amplia, y la Constitución Soviética garantiza a todos el derecho al voto secreto. Allá no puede haber cohecho.

Pero, además de la libertad política existe también en la Unión Soviética, la libertad económica, que va en incesante crecimiento, y que aquí

no existe para las masas, sino para unos pocos privilegiados.

Aquí tiene el pueblo libertad para darles a sus niños un litro de leche al día. Tiene la libertad de dar la leche, pero no tiene la leche. Tiene la libertad para educar a esos niños hasta que lleguen a la Universidad, pero no puede hacerlo porque los niños tienen que ir a trabajar antes de cumplir los quince años. Todos tenemos libertad para ir a veranear en los grandes hoteles de Viña del Mar, o Pucón o Tejas Verdes, para poseer un automóvil, para tener casa calefaccionada. Pero ¿qué significa esta libertad? La libertad que le podríamos dar a una trucha para venir a jugar fútbol en el Estadio Nacional o a un huemul para volar sobre nuestra cordillera. ¿Qué significa tener libertad para hacer lo que no se puede hacer? Claro es que de esas libertades pueden disfrutar unos pocos entre nosotros, pero sólo pueden disfrutar de esa libertad por los privilegios que les concede la esclavitud de los más. Es decir, la libertad de unos pocos descansa sobre la falta de libertad de la multitud.

No me refiero aquí a la política de paz de la Unión Soviética porque el tema es largo y requiere toda otra conferencia.

El cuadro presentado nos permite llegar a dos conclusiones generales. La primera es que la Unión Soviética antes de cumplir un cuarto de siglo, cuyos primeros años tuvo que dedicar a su defensa contra los países que pretendieron sofocar su revolución socialista, ha abolido ya la cesantía; ha abolido el analfabetismo; está progresando económica y culturalmente en una proporción desconocida para todos los otros países, en el pasado y en el presente; ha aumentado y aumenta el bienestar de toda su población con mucho mayor rapidez que otro país alguno del mundo, a pesar de que tiene que dedicar todavía gran parte de sus hombres y de sus recursos a prepararse contra el peligro que significa la amenaza de los países que ven con temor el triunfo gigantesco de este país. Es

cierto que todavía la gran masa de la población soviética no ha alcanzado el standard de vida de los obreros especializados de otros países, como los Estados Unidos. Pero siguiendo el ritmo actual de su progreso va a sobrepasar en pocos años más el nivel de vida y la cuota de bienestar y felicidad general de que disfrutan todos los países del mundo. Técnicos norteamericanos predicen que la Unión Soviética, en la próxima generación, siguiendo el ritmo actual, producirá más que todo el resto del mundo junto.

Al frente de esta realidad innegable, tenemos esta otra. La Unión Soviética es el país más calumniado del orbe. Se miente acerca de lo que allá ocurre en la forma más atrevida y descarada. Hay toda una campaña mundial organizada para desacreditar la obra de redención social que allá se está realizando. Esta campaña es interesada, pues la prensa en todos los países capitalistas representa los intereses de los capitalistas, y éstos temen que cuando la Unión Soviética haya demostrado sin lugar a duda alguna que se puede vivir mucho mejor en un régimen socialista, los pueblos de sus países respectivos exijan el cambio de régimen, y eliminen la propiedad privada de la tierra y de los instrumentos de trabajo. Y temen que esta exigencia sea respaldada por todos los que se encuentran en una situación de inseguridad, que son la inmensa mayoría en todos los países, menos en la Unión Soviética.

Dejemos a la Unión Soviética a un lado por un momento, y consideremos un caso individual. Pensemos en un individuo que ha llegado a su mayor edad, a quien sus padres no dieron ni educación ni salud, pero que descubre el camino de su propia salvación, que se dedica a estudiar, a cultivarse mentalmente, que evita peleas con todos sus compañeros, que hace lo posible porque éstos no peleen, que trabaja sin cesar y encuentra la manera de trabajar más inteligentemente, que gana más de lo que jamás ganaron sus padres, y de lo que ganan todos los que lo rodean, que no quiere atesorar pa-

ra sí más de lo que legítimamente le corresponde y más de lo que necesita para vivir con holgura, dando el resto a los que cooperan con él, directa o indirectamente, incluyendo a todos sus proveedores. Imaginemos que este hombre excepcional, de quien yo conozco todas sus virtudes, toda su ansia por servir, todo su empeño por hacer felices a otros, es calumniado por hombres que viven de la explotación, por miedo de que con el ejemplo que él da, no puedan ya ellos seguir viviendo de la explotación ajena, ¿debo yo ser amigo o enemigo de este hombre? ¿O debo ser indiferente, no importándome que lo calumnien?

Los dictados de mi conciencia de varón recto me dicen que no puedo situarme en las filas de sus enemigos; me dicen que no puedo quedarme al lado de los indiferentes; me dicen que tengo que colocarme entre los defensores y amigos de este hombre de bien, justo, sin odios para nadie, con cariño para todos, que es vilmente calumniado. Y creo que todo varón no prostituído por un egoísmo morboso debe estar al lado de este hombre, como amigo que lo defienda.

¿Por qué no ha de ocurrir lo mismo cuando el calumniado es todo un país, en vez de ser sólo un hombre? Un buen día, hace dos años, pasé por el frente de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, en la vieja Alameda de nuestra vieja capital. Entré; me impuse de lo que allí se estaba haciendo, y pedí me contaran como uno de los amigos de ese país calumniado. Después esa Asociación me ha elegido miembro de su Directorio, y yo no solo no he rehusado cooperar en esta obra de verdad y de justicia, sino que he ofrecido todo mi concurso para ayudar a iluminar a los que están en error acerca de lo que significa la obra que se está realizando en la Unión Soviética.

Por eso soy amigo de la Unión Soviética; por eso todo hombre que desea el esclarecimiento de la verdad, cualquiera que sea el Partido político a que pertenezca, cualquiera que sea su situación econó-

mica, debe, por lo menos, cumplir con el deber de averiguar, de inquirir, de estudiar lo que ocurre en la Unión Soviética, si no para ser su amigo, por lo menos para no formar, por ignorancia, en las filas de los detractores y calumniadores de un país que hace grandiosos esfuerzos para dar la cuota más alta de bienestar, de dignidad y de felicidad al mayor número de sus hombres, de sus mujeres y de sus niños, y que desea también este bienestar y esta dignidad y esta felicidad y esta seguridad en el porvenir, para todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños de toda la humanidad.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

IMPRENTA «ARIES»
ANDRES BELLO 162
TELEFONO 69781
SANTIAGO
1941